



MENSAJE AL XXIX CONGRESO BINACIONAL DE BAILES RELIGIOSOS

Tacna, Perú

Queridos hermanos y hermanas, integrantes de los Bailes Religiosos de Chile y Perú:

Con especial afecto quiero hacerles llegar mi saludo y mi bendición con ocasión de la celebración del XXIX Congreso Binacional de Bailes Religiosos, que reúne en la ciudad de Tacna a tantos hombres y mujeres unidos por una misma fe y un profundo amor a la Santísima Virgen María.

Los bailes religiosos constituyen una hermosa expresión de la fe de nuestros pueblos. A través de la música, la danza, los sacrificios y las peregrinaciones, ustedes manifiestan públicamente su amor a la Madre de Dios y su deseo de honrarla con todo el corazón.

Pero nunca debemos olvidar una verdad fundamental de nuestra fe: María siempre nos conduce a Jesucristo. Ella no busca nuestra gloria ni quiere detener nuestra mirada en su persona. Como en las bodas de Caná, continúa diciéndonos: «Hagan todo lo que Él les diga» (Jn 2,5).

Por eso, el verdadero devoto de la Virgen no solamente la honra con sus cantos y danzas, sino que procura imitar sus virtudes, vivir los mandamientos de Dios, participar en la Santa Misa, acercarse a los sacramentos y practicar la caridad con los hermanos.

No basta bailar para la Virgen; hay que procurar vivir como verdaderos hijos suyos y discípulos de Jesucristo.

Este Congreso tiene también un hermoso significado para nuestras dos naciones, Chile y Perú, que comparten profundas raíces cristianas y una historia marcada por la presencia maternal de María. La fe nos recuerda que, por encima de las fronteras que distinguen a nuestros países, somos hermanos en Cristo y miembros de una misma Iglesia.

Que nuestros bailes religiosos sean siempre instrumentos de encuentro, fraternidad y paz entre nuestros pueblos. Que nuestras tradiciones no pierdan nunca su sentido profundamente religioso y que las nuevas generaciones reciban, junto con la belleza de estas expresiones populares, el tesoro de una fe viva, fiel a Jesucristo y a su Iglesia.

La Santísima Virgen, que proclamó en el Magnificat «Mi alma canta la grandeza del Señor» (Lc 1,46), nos enseña el sentido más profundo de toda nuestra alabanza: cantar, danzar y celebrar para dar gloria a Dios.

Pido al Señor que bendiga abundantemente este Congreso, a sus organizadores, dirigentes, músicos, bailarines y familias. Que María Santísima los acompañe siempre y los ayude a ser testigos alegres y valientes del Evangelio.

Con mi afecto y bendición episcopal,



+ Juan Ignacio González Errázuriz
Obispo de San Bernardo
Chile

San Bernardo, octubre de 2026.